

LA DIDÁCTICA FILOSÓFICA EN EL PENSAMIENTO DE FERNANDO SALMERÓN

ANGÉLICA SALMERÓN JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Existen diversas maneras de acercarse a la obra de un filósofo y me parece que muchas de ellas dependen en buena medida de lo que los lectores pretendan encontrar en dicha obra. Lo anterior no sólo significa que las diferentes aproximaciones que de una obra filosófica puedan hacerse sean parciales, sino que tal vez dichos acercamientos se encuentran sustentados por los propios intereses de aquellos que realizan su estudio. Es decir, que en el fondo —y no siempre de manera explícita, pero sí implícita— existe un nudo de cuestiones cuyo interés es compartido por ambos: autor y lector terminan de este modo comprometidos en una misma tarea. Y justo por ello, esta tarea mutua no puede emprenderse sino sobre la base del diálogo.

El diálogo permite la convivencia intelectual y nos acerca al otro y aún a nosotros mismos. Dialogar es conocer lo que el otro piensa y, a la vez, reconocer lo que nosotros pensamos.

En el diálogo, como bien supo verlo Platón, los interlocutores se comprometen en una misma empresa y, por tanto, apunta a dejar detrás suyo el monólogo: ya no es sólo el autor quien habla mientras que el lector escucha y toma puntualmente notas pero tampoco el lector, a la inversa, procede a tomar en cuenta sólo aquello que del autor quiera escuchar, convirtiéndose así en su propio interlocutor. Por el contrario, este contacto vivo que se establece mediante el diálogo permite la participación de ambos:

autor y lector entran así en una comunicación tal que, pese a las diferencias, siempre ha de tornarse fructífera.

De ahí que mi acercamiento inicial a la obra del Dr. Fernando Salmerón tuvo precisamente esta característica: fue un acercamiento parcial en el sentido de que lo compartido con él es un tema que no sólo lo considero uno de los más relevantes de su obra, sino como un tema cuya reflexión se hace imprescindible, ya que está en la base de todo quehacer filosófico, constituyéndose así —fundamentalmente para aquellos que a la docencia nos dedicamos— en la cuestión central por excelencia. Me refiero, por supuesto, al tema que el propio Salmerón supo poner de relieve dedicándole buena parte de sus esfuerzos tanto teóricos como prácticos: *la enseñanza de la filosofía*. Tal enseñanza fue para él, como maestro y como filósofo, preocupación no solamente teórica, sino existencialmente primordial. Preocupación ésta que ahora no sólo me interesa destacar, por lo mucho que contribuye su reflexión a la teoría de la enseñanza, sino además recuperar en la práctica algunos de sus principios.

Y es en su propuesta pedagógica donde podemos apreciar lo mucho que aún Salmerón tiene que decirnos, ya que sigue teniendo la vigencia y continuidad clásica de los autores que saben proporcionar una lección perenne. Así, Salmerón puede aportar todavía una gran riqueza en lo que se refiere a la educación, una educación humanista de la que desafortunadamente hemos ido separándonos cada vez más.

En la configuración de su teoría de la educación, Salmerón hace concurrir una serie de principios que, centrados fundamentalmente en la enseñanza de la filosofía, permiten considerarlos como principios fundamentales de la enseñanza en general y que, al ser considerados en su conjunto, conservan los ingredientes propios de la formación humanista en su más puro y original sentido; o sea, como aquella doctrina que centra sus esfuerzos en la comprensión de lo humano y sus valores fundamentales.

Así, este centrarse en el hombre y sus valores se deja notar en la propuesta de Salmerón como una tradición insertada en los más

altos ideales humanistas; esto es, una vuelta a los clásicos. Ciertamente, esta recuperación de lo que más representativo tiene el pensamiento de nuestro filósofo se reúne con el contacto de los problemas vividos, concretos y reales que obligan una y otra vez a volver sobre ellos y lo que puede considerarse como el centro de toda esta configuración que, enraizada en el hombre y sus problemas, busca justamente la formación de una inteligencia crítica.

Todo ello nos permite recuperar un núcleo de principios que pueden reducirse a tres, a saber: el trato directo con los textos clásicos, el manejo de los problemas de la experiencia vivida y la formación de una inteligencia crítica.

Ahora bien, esta trilogía —aunada a lo que Salmerón considera como el espíritu de la vida académica; es decir, el clima de convivencia y relación intelectual cuyas condiciones fundamentales se constituyen a su vez en dos principios ideales: la libertad y la democracia—, nos proporciona los elementos esenciales con los que se entreteje su teoría pedagógica, la cual indica, primordialmente bajo el espíritu de dichos principios, lo siguiente: en primer lugar, que “La lectura e inteligencia de los textos clásicos es el verdadero método de adiestramiento y formación en filosofía”¹; en segundo término, que “la enseñanza debe presentarse como una investigación de la experiencia vivida, como un esclarecimiento de los problemas que encierra la realidad cotidiana, la situación concreta de que se parte”²; por último, que “toda educación culmina, para cualquier materia o disciplina, con la enseñanza de la filosofía como actividad crítica”.³

Por ello, las condiciones imprescindibles de dicha concepción sólo podrían ser la libertad y la democracia en los términos que el propio Salmerón apunta: “la libertad de pensar, crear, de expresarse y de seguir las propias inclinaciones de acuerdo con nuestra

¹ Salmerón, F., “Sobre la enseñanza de la filosofía”, *Ensayos filosóficos* (Antología), *Lecturas mexicanas*, 2ª serie, SEP, México, 1988, pp. 53-54.

² *Loc. cit.*

³ Salmerón F., *Enseñanza y Filosofía*, México, FCE/El Colegio de México (Serie cuadernos de la Gaceta, 76), p. 127.

concepción del mundo e ideología política [...] y democrática en el sentido de la participación activa de todos sus miembros [...].”⁴

Así la teoría pedagógica de Fernando Salmerón se manifiesta en la coordinación y combinación de una doble tendencia que recupera a su vez una tradición también doble. Luego entonces, y dado que lo que se busca es una formación integral y humanista, se debe involucrar a los clásicos ya que a través de ellos se accede a la información necesaria que, a su vez, ha de poder ser manejada; esto es, la información por sí misma no puede considerarse como formativa; por ende, usar la información requiere de un método.

Salmerón piensa que el manejo de las habilidades y las técnicas puede ser proporcionado por la corriente analítica, puesto que para la formación de la inteligencia crítica es necesario el esclarecimiento del lenguaje con el cual nos expresamos acerca de la realidad y, simultáneamente, el rigor en la exposición argumentativa.

Ambas tendencias muestran así que la formación que se busca compromete a la claridad y al rigor, es decir, a la comprensión metodológica; pues “las tesis filosóficas [...] han de ser consideradas principalmente por su capacidad para ser discutidas con instrumentos racionales y para resistir esta discusión crítica.”⁵ Pero, a la vez, “En la enseñanza de la filosofía hay indudablemente transmisión de información, en el sentido de enseñanza de hechos, por ejemplo, de hechos históricos acerca del ejercicio mismo de la actividad filosófica.”⁶

Por tanto, para Salmerón es la combinación de ambas tendencias la que logra configurar una genuina inteligencia filosófica, ya que “el verdadero conocimiento —síntesis de información e inteligencia crítica— no permite que sus ingredientes se enseñen separadamente.”⁷

⁴ Salmerón F. “Discurso al tomar posesión como rector de la unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana”, *Ensayos filosóficos*, p. 279.

⁵ *Op. cit.*, *Enseñanza y Filosofía*, p. 111.

⁶ *Ibid.* p. 113.

⁷ *Ibid.* p. 117.

Así, según lo muestra la cita anterior (y al respecto se podrían apuntar muchas otras) la didáctica filosófica de Salmerón alcanza lo que Aristóteles en su *Ética* llamó el “justo medio”, que se constituyó en virtud fundamental en la medida en que lograba evitar los extremos siempre viciosos. En efecto, la justa proporción entre los dos términos de la educación que siempre parecen querer tender a los extremos. Por una parte, la información indiscriminada que sólo puede tener por resultado la erudición, que a fin de cuentas no alcanza por sí misma a formar nada, como no sea, si acaso, la pedantería filosófica; o bien, por otra parte, la sola instrucción de los métodos y procedimientos lógicos, como mero desarrollo de las habilidades, que no conduce tampoco a mejores resultados a menos que el engrheimiento metodológico pueda ser considerado por sí solo formativo.

Por ello, con verdadera cautela, producto de la extrema lucidez con que Salmerón capta que ambos ingredientes son imprescindibles para la formación filosófica, propone su interrelación que —siguiendo la línea aristotélica—, sólo un hombre prudente puede lograr. Y quien puede en este contexto juzgar prudentemente no ha de ser otro que el maestro.

En efecto, parece que la idea fundamental de nuestro autor es precisamente la de que logrado un perfecto equilibrio entre la pura acumulación de información y la sola maestría de las habilidades; con lo que nos hacemos al final, no es sino con la virtud; pues —como apunta Salmerón siguiendo a O'Connor— la conciencia crítica es una forma de virtud: “la virtud del dominio de sí mismo que se ejerce específicamente sobre la pasión que el hombre tiene por la certidumbre.”⁸

Sabia virtud pues ésta de la conciencia crítica, que no debe entonces confundirse con la habilidad o el conocimiento, puesto que éstos suelen darse con determinados objetos y posibilidades, y también con sus contrarios. En cambio como claramente señala Salmerón, —y aquí sigue expresamente a Aristóteles—, la conciencia crítica es un hábito y como tal se manifiesta en una sola dirección, a diferencia del experto en las técnicas lógicas que

⁸ *Ibid.* p. 122.

puede utilizar su habilidad en dos direcciones: para descubrir la verdad o para ocultarla mañosamente. La conciencia crítica como actividad filosófica, no puede ser entonces, mal empleada.

De lo anterior concluye que, se puede decir del hombre crítico que se equivoca pero no que empleó su conciencia crítica para el error.⁹

Y, en estas últimas consideraciones tal vez pudiéramos recuperar también un criterio para distinguir al filósofo de quien no lo es, a través de la distinción establecida entre virtud y habilidad, pues, la habilidad puede usarse para mentir pero la virtud no. En este sentido tendríamos que el auténtico filósofo busca siempre la verdad, aunque puede equivocarse, en tanto que quien no es filósofo no está interesado en ella, ya que lo mismo puede tender hacia el engaño.

Parece entonces que filosofía y *paideia* convergen en el pensamiento de Salmerón, conjunción que ya lo había hecho notar Gaos dentro de una tradición cuyo modelo más ilustre es Platón, y añadiríamos ahora también a Aristóteles y aún la consideración de que dicha *paideia* en ambos estaba íntimamente ligada a la moral.

Por ser esto así, podemos entrever que la propuesta de Salmerón mantiene en la base un núcleo de cuestiones morales de las que no es posible desatenderse, ya que en ellas se polarizan los principios fundamentales de la enseñanza filosófica. Quien a ésta se compromete, se compromete a formar un hombre: enseñar moral, —nos dice Salmerón—, es iniciar a otro en una tradición cultural, conducirlo dentro de esa tradición a una meta que consiste en ser capaz de tomar decisiones libres, informadas y responsables.¹⁰

Así las cosas, la formación de la inteligencia crítica constituye en buena parte la forma misma de la filosofía, ya que para Salmerón ser filósofo es ser crítico pues, según apunta, “de todo aquello que la inteligencia humana ha inventado a lo largo de la

⁹ *Ibid.* pp. 122-123.

¹⁰ *Ibid.* p. 108.

historia, es la filosofía el ejemplo más alto de actividad crítica.”¹¹ Pero, ser crítico, ya se ha visto, no es sencillo, requiere del conocimiento, de la habilidad, del hábito que es virtud y que no se confunde con ellos, y, ciertamente de la orientación adecuada que no puede brindar sino aquel que ya la tiene formada.

Decía el viejo Aristóteles con respecto a las virtudes morales que el medio entre los extremos que las caracterizaba venía dado por la recta razón en el juicio de un hombre prudente, porque la fórmula del justo medio no era matemáticamente exacta ni podía ser dada *a priori*. Y que la prudencia, virtud intelectual de la razón práctica, implicaba de suyo madurez y experiencia, esto es, que sólo sobre la base misma de una práctica constantemente ejercida se iría constituyendo la recta razón.

Nos dice ahora el Dr. Salmerón que la conciencia crítica es una forma de virtud y en la misma línea aristotélica ésta no puede venir dada por decreto, sino que se establece y construye a través del ejercicio mismo de la crítica: “la conciencia crítica, en el sentido que ha de ser estimulada por la educación, no puede ser tratada en los procedimientos de la información o los adecuados para el desarrollo de habilidades.”¹²

Ahora bien, ¿de qué manera estimula la educación a la inteligencia crítica? El propio Salmerón nos da la respuesta:

“Enseñar a alguien a ser crítico —a ser filósofo en el sentido dicho de la actividad crítica—, no puede consistir solamente en transmitirle información, inculcarle hábitos simples y ayudarlo a desarrollar sus habilidades hasta alcanzar el dominio del experto. Todo esto queda incluido, pero es indispensable además, por encima de cualquier regla de interpretación y de análisis, enseñarles muchas otras cosas que pueden describirse como virtudes intelectuales, por ejemplo: a tener curiosidad intelectual; a ser paciente ante las dificultades teóricas; a tener amor a la verdad y a reconocer el valor de la exactitud; a liberarse del acoso de la vanidad y del afán de originalidad; a ser honesto ante la refutación; y hasta a ser sensible a la economía y a la severidad del estilo. Y más allá de todo esto, habrá que enseñarle

¹¹ *Ibid.* p. 126

¹² *Ibid.* p. 123.

todavía a ser crítico, esto es, a no prestar su asentimiento a ninguna opinión que se presente sin las evidencias apropiadas y a exigir estas evidencias. Aún más, a condicionar la intensidad o el grado de su adhesión a una tesis, a la contidad y sobre todo al rigor de las pruebas pertinentes para corroborar cada enunciado. Condición o reserva que debe mantenerse abierta ante cualquier forma de corroboración, en el sentido de no tener nunca una prueba como absoluta e irrevocable, sino de permanecer siempre en disposición de revisar cualquier opinión, cada vez que aparezcan pruebas pertinentes."¹³

De donde resulta que aprender a ser crítico es la culminación de toda educación filosófica y lo es precisamente porque acoge en su seno el equilibrio y la moderación que no es, a fin de cuentas, sino madurez y sensatez: ese justo medio que nada tiene que ver con la mediocridad sino que, al contrario, apunta hacia lo más difícil de conseguir que es evitar los excesos, y que ciertamente podemos considerar como el nivel más elevado y difícil; hábito, pues, que se adquiere con ejercicio y tenacidad.

En resumen, se puede decir que la enseñanza de la filosofía en el pensamiento de Fernando Salmerón entraña en su fundamento y como función central una actitud moral: no parece pues posible separar enseñanza de moral. Lo cual conduce a la tesis "El lenguaje de la educación es el mismo lenguaje de la moralidad". Clásica posición que ya Platón y Aristóteles apuntaban y que al parecer Salmerón no ha desatendido. Por otra parte, la formación de la inteligencia crítica y la concepción de la filosofía como algo abierto siempre al diálogo, en el sentido de que la certidumbre alcanzada en un momento tendrá siempre que ser confrontada, nos parece apuntar, en cierto modo, a aquella concepción orteguiana que afirmaba precisamente que "la filosofía era el cuento de nunca acabar".

¹³ *Ibid.* pp. 122-123.